

# POBLACION Y AREAS LINGUISTICAS EN EL SALVADOR. 1772

*por Francisco de Solano*

Los suelos extremadamente fértiles de El Salvador, formados por la descomposición de recientes materiales volcánicos en el interior y por aluviales en la zona costera, han posibilitado que la más pequeña de las repúblicas centroamericanas sea también la más poblada, no sólo en los tiempos actuales sino en la época prehispánica. Al señuelo de esta fertilidad, aunque amenazada por la epilepsia de la tierra, la acción activa de un nutrido núcleo de volcanes y frenada por una orografía difícil, han acudido diferentes pueblos que han dejado constancia de su presencia, en mayor o menor grado. El conocimiento histórico de esos pueblos, sus itinerarios y su asentamiento son tanto más complejos de determinar cuanto más lejana es su acción en el tiempo. La llegada del europeo se produjo al principio del siglo XVI y el conocimiento de la realidad demográfica, con su laberinto idiomático, comienza a definirse desde ese momento, aun contando con la pobreza inicial —en número y en informaciones— de las fuentes documentales. Para determinar antes de 1524 la exactitud de la presencia de esos pueblos habrá que contar con la labor del arqueólogo, del etnólogo, del antropólogo y del lingüista que ayudan, con diferentes técnicas

a profundizar y dilucidar históricamente dicho paisaje allí donde no alcanza, o se enturbia, la memoria del hombre.

La colaboración lingüística en la realidad demográfica y en el conocimiento de las migraciones y condiciones de vida de las comunidades humanas es fundamental. Sobre todo allí donde el recuerdo se empequeñece y se hermanan historia, leyenda y mito, como en las épocas prehistóricas. Por otro lado, el lenguaje es, además, un elemento social de primer orden. Siendo la creación lingüística la máxima invención humana, el contacto recíproco entre los pueblos, el establecimiento de relaciones, de «comunicaciones», entraña perspectivas sociológicas intensas. Dentro del marco indígena, tan atomizado lingüísticamente, esta imagen va a cobrar una alta significación: no sólo desde el punto de vista demográfico, con su diversificación étnica y sus implicaciones sociológicas con el elemento europeo, sino etnohistórica y lingüísticamente, ofreciendo respuestas a la evolución de los distintos pueblos indígenas.

Sobre demografía indígena americana se ha ocupado el afán del historiador, últimamente a nivel de polémica entre los que defienden las cifras altas del poblamiento prehispánico, siguiendo a fray Bartolomé de Las Casas, y los que opinan que poseyendo aquella población una técnica agrícola rudimentaria y un nivel cultural desigual, a una altura máxima de eneolítico, nunca podría haber sido numerosa. Todos ellos, los a favor o en contra de las altas cifras, operan sobre bases descriptivas, estudiando globalmente el fenómeno indígena anterior a 1492. La carencia de los elementos documentales suficientes sobre los que apoyar una estadística lo más aproximativa posible de la realidad prehispánica, es lo que hace que exista una tremenda desigualdad en las cifras propuestas. Concretamente sobre el área maya, mientras que para Eric Thompson (1954) y Víctor H. Hagen (1960) la población del Viejo Imperio, en el punto cenital de su potencia política y cultural, el siglo IX, está formada por cuatro y tres millones de habitantes, S. G. Morley (1946) la presupone en 13. Para el tiempo anteriormente inmediato a la Conquista, aunque con mayores posibilidades de fijación de su población, existe la misma inseguridad: Eduardo Seler (1902) propone

10 millones para toda Centroamérica, y E. Thompson para el área maya una población de tres millones. Basándose no en los restos arquitectónicos de las altas culturas, como los anteriores, sino en las áreas culturales y en las posibilidades alimenticias Alfred L. Kroeber (1934) opina que en 1492 la población centroamericana difícilmente pasaría del medio millón, y Angel Rosenblat en un trabajo fundamental (1954), para el mismo tiempo y área, da la cifra de 400.000 habitantes.

Sobre demografía indígena del período hispánico el conocimiento deja de apoyarse en la inseguridad al contar con abundantes y numerosos datos, del más diverso origen, fruto de la preocupación de la Corona por conocer en muy diversas ocasiones el estado real de la población. Lo que permite dar una visión más afortunada y certera acerca de la realidad indígena de ese período. Especializados en esos estudios, con gran altura y categoría científicas, se encuentra la escuela de Berkeley, encabezada por la autoridad de W. Borah y A. Cook, orientados sobre todo al ámbito mexicano. Para las áreas mayas no existe obra de conjunto que estudie la evolución y dinámica de la población indígena desde 1492, aunque sí numerosos estudios parciales que contribuyen a determinar una más nítida imagen de la panorámica demográfica en determinados momentos históricos. Con referencia a El Salvador se han detenido parcialmente Ephraim G. Squier (1855), José Milla (1879-1882), Santiago Ignacio Barberena (1892), Pedro Salvador Fonseca (1921) y Jorge Lardé (1921). Sólo dos trabajos se han dedicado a estudiar la dinámica de la población centroamericana a lo largo del período hispánico, aunque cada uno de ellos se circunscribe a la evolución demográfica de áreas geográficas diferentes, uno sobre la región de la hoy república de El Salvador, del que se ocupa de modo admirable Rodolfo Barón Castro (1942) y sobre Guatemala el segundo, del que me he ocupado yo mismo (1970a).

Este dinamismo viene acompañado por el fenómeno lingüístico, que en estudios etnohistóricos tiene una importancia capital, por ofrecer nítidamente los distintos procesos de formas culturales europeas: transigiendo, transculturizándose, ladinizándose o permaneciendo fiel a la categoría de las formas lingüísticas prehispánicas. Sobre el intrincado mosaico

lingüístico guatemalteco he procurado presentar demográficamente la población indígena que sigue fiel al empleo de su lengua primitiva (1969), así como aquella población indígena que se expresa en castellano (1970b). Apoyado en documentación original de primera mano, y poco utilizada, se determina el estado de la población en determinado momento histórico, en 1772, justamente antes de producirse el terremoto que arruina a la capital de la Capitanía General de Guatemala. El Salvador, por formar parte de esta misma Capitanía, posee históricamente unas características casi similares a las de Guatemala pero posee, también, rasgos específicos propios que justifican un estudio separado.

Pero una serie de inconvenientes van a presentarse en este criterio lingüístico. La lengua no es síntoma de calificación de etnias, por lo que puede caerse con facilidad en el peligro de identificar a tribus ganadas a un determinado idioma indígena como pertenecientes étnicamente a ese mismo idioma. Esto es arduo de esclarecer por la parquedad de las fuentes y porque éstas, corrientemente basadas en los censos, tributos de indios, descripciones geográficas o religiosas..., etc., identifican al natural por sus atributos externos o, precisamente, por su idioma. Esta debilidad se compensa al presentar la diferenciación de los varios grupos humanos que se expresan en su lengua materna, con todas las implicaciones de tipo sociológico, político, económico y religioso resultantes frente al mundo y la circunstancia del europeo.

La región salvadoreña fue bautizada por los nahuatl como «lugar de piedras preciosas», *Cuzcatlan* (*Anales* 1950, 127, nota 232). Un apelativo justificado, porque poseía los elementos más importantes de la economía prehispánica —jade, sal, cacao, algodón y plumas de quetzal—, capaces de dar riqueza a su población, seguridad y sostén a su preponderancia política, categoría y fortuna a sus relaciones sociales y económicas con otros pueblos. Pero antes de que los nahuatl llegasen, usufructuaban estas riquezas otros pueblos que habían alcanzado El Salvador en diferentes épocas anteriores: grupos xincas, mayas, lencas y mangues.

El actual territorio de El Salvador fue, durante todo el ancho período prehispánico, activo cruce de caminos. En la tarea de

afinar la frontera de influencias de los diferentes pueblos que lo utilizaron como paso o como asentamiento, más o menos prolongado, siempre se escoge al río Lempa como divisoria. En su Oeste se detuvo la penetración máxima del Viejo Imperio maya por el sur (Lothrop, 1939, Barón Castro, 1942, 90), la única alta cultura que tuvo lugar en dicho territorio, captando y dominando a la población protoxinca y expulsando a los lenca y matagalpas a las zonas áridas del otro lado del Lempa. Sin embargo la arqueología —David González (1926), Jorge Lardé (1926), John M. Dimick (1941), S. H. Boggs (1943), John Longyear III (1944) y J. Eric S. Thompson (1965), entre otros— y los extraordinarios avances de la glotocronología (Longacre, 1967), demuestran que no se pueden tomar posturas radicales o simplistas al probar una clara influencia maya en zonas lenca, en el lado Este del río Atlempán-Mazahua o, brevemente, Atlempa o Lempa.

Se puede resumir, en líneas generales —una excelente síntesis en S. W. Miles, 1965—, que mientras perduró la influencia maya la población autóctona de El Salvador se mantuvo captada por la irradiación cultural que le llegaba desde Copán con la presencia de grupos mayas (pocomanes y chortis). Con la llegada de las migraciones nahua esta influencia se apagó radicalmente, padeciendo todos los grupos étnicos anteriores la acción absorcionista de los pipiles: operación que bien pudiera haber abocado a la hegemonía nahuat sobre la atomización de los pueblos mayá-quiché, divididos en un nacionalismo regionalista, y que fue cortada por el efecto de la Conquista.

Todos los pueblos del altiplano padecieron durante el siglo XV la situación de una rivalidad constante, en el empeño de la lucha por la hegemonía, entre cakchiqueles, quichés y tzutuhiles con sus aliados los pipiles (Miles, 1965, 281). Sobre esta situación se sumará la serie de problemas internos, principalmente económicos, que sufren por igual todos estos pueblos: pobres cosechas de maíz, provocadas por frecuentes heladas que condicionan sucesivos períodos de hambre y enfermedades asténicas en la población:

«gran hambre ocasionada por fuertes heladas que mataron las siembras de maíz... la helada destruyó las

siembras y de esta manera se perdieron las cosechas» (*Anales*, 1950, 105).

A esta mala disposición fisiológica se unirá el debilitamiento de la población ocasionado por las enfermedades que ayudan, aún más, a debilitarla numéricamente. De 1519 a 1521 padecen peste —tal vez epidemia de viruela— todos los pueblos indígenas de Guatemala y El Salvador.

«...primero se enfermaban de tos, padecían de sangre de narices y de mal de orina. Fue verdaderamente terrible el número de muertes que hubo en esa época. Poco a poco grandes sombras y completa noche envolvieron a nuestros padres y abuelos y a nosotros también... Grande era la corrupción de los muertos. Después de haber sucumbido nuestros padres y abuelos, la mitad de la gente huyó hacia los montes. La mortandad era terrible. Así fue como nosotros quedamos huérfanos, ¡oh hijos míos!» (*Anales*, 1950, 119-120).

Una población convaleciente y debilitada hará frente, en 1524, a la conquista de Pedro de Alvarado, el *Tonatiuh Avilantaro* de las crónicas indígenas (*Anales*, 1950, 124). Población que ha sido calculada por Barón Castro, siguiendo métodos indirectos, para todo El Salvador en no más de 130.000 individuos (1942, 124), con una densidad teórica de 6,1 habitantes por kilómetro cuadrado, en donde se encuadran los nahuatpipil, chortis, y pocomanes asentados entre los ríos Paz y San Miguel, mientras que al Este se encuentran los Lenca y Matagalpas en número más o menos numeroso. Minorías étnicas y lingüísticas están representadas en los achies, asentados en la cercanía de la actual San Salvador, y los mangues que se localizan en Nicomongoya, en el NE. fronterero con Honduras, visitadas en 1586 por fray Alonso Ponce (1873, I, 331 y 398).

La situación de todos estos núcleos se ha modificado sensiblemente doscientos cincuenta años más tarde. No sólo porque entre el europeo y el aborigen han provocado el fenómeno del mestizaje, sino porque la acción del idioma castellano ladiniza a considerable número de indios en el área salvadoreña.

## I. Nahuat-pipiles

Representan los pipiles el contingente humano más numeroso e importante de la población indígena salvadoreña en el siglo XVIII. Etnica y filológicamente forman una de las ramas del grupo nahuatl-nahuat-nahual, pertenecientes a la extensa y numerosa familia uto-azteca, que tiene a sus miembros repartidos por un área amplísima, que va desde los utes, shoshones y comanches en Norteamérica a los pueblos de Laguna y Chiquirí al sureste de América Central.

La influencia de los pipiles en y sobre América Central se motivó y activó antes y después de la destrucción de Tula (1), con la diáspora consiguiente de los grupos toltecas que se orientaron en diversas direcciones, llegando unos al altiplano guatemalteco y áreas salvadoreñas, en donde se ponen en contacto con la población maya allí existente. Todos ellos se caracterizan lingüísticamente por la conservación de la T en el fonema TL uto-azteca, que les da al hablar una peculiar fisonomía de lenguaje, como si fuesen niños o muchachos, al ser escuchados por un interlocutor nahuatl. La primera migración, los Pipil Nicaraos, se produjo en los años medios del siglo VII (Borhegyi, 1965, 23), pero el alto potencial del Viejo Imperio maya, durante los siglos VII al IX en que ocurren estos desplazamientos, pudo fácilmente repelerlos de las tierras altas. Aunque precisados de la colaboración de abundante mano de obra, los mayas consintieron su localización en las zonas costeras del Pacífico, a partir de Panacatat (la futura Escuintla) y Cotzumalhuapa, en territorio que había sido xinca, obligando a este pueblo a desplazarse más al Este, a ambos lados de la actual frontera entre Guatemala y El Salvador.

En tanto que se mantuvo poderoso y fuerte el Viejo Imperio, los Pipil Nicaraos conservaron una posición de colaboradores o vasallos, con relaciones con México, desarrollando incluso un estilo escultórico propio —el Cotzumalhuapa-pipil (Borhegyi, 1965, 40)— lo que matiza su autonomía, pero fueron consolidando paulatinamente su posición, debido a la doble circunstancia del debilitamiento y decadencia progresivos de los mayas por un lado, y a la fortuna que les supuso a los

---

(1) Paul Kirchhoff indica, en un trabajo sumamente sugerente, la fecha de 1168 para la caída definitiva y total de Tula (1955).

pipiles ser dueños de numerosas salinas, uno de los elementos económicos más importantes de las sociedades primitivas. A medida que aquel poder maya se atomizó, los pipil nicarao aprovecharon la coyuntura favorable para abandonar el papel subordinado que tenían para ir estableciéndose, casi de igual a igual, con los pueblos mayas, manteniendo relaciones comerciales y económicas con los pueblos del altiplano. E, incluso, interrumpiendo sus relaciones con el centro de México, que mantenían desde su salida de Tula: los pipiles de El Salvador en el 900 y poco después los radicados en Guatemala (Thompson, 1949). Esta expansión pipil nicarao se vio coartada por la llegada masiva, a fines del siglo XI, de otros pueblos toltecas provenientes de México. Grupos guerreros cholteca-tolteca-chichimecas, los nonoalca pipil, acuciados por la necesidad, llegaron al altiplano guatemalteco. Su invasión seccionó, como una cuña, a los pueblos mayas puros, que quedaron separados —kekchis, pocomanes y chortis al Este, los mames en el Oeste—, ocasionando además la mezcla, étnica y filológica, con los mayas de las tierras altas, produciendo los pueblos quiché, cakchiquel y tzutuhil. De rechazo ocasionó y condicionó el movimiento de los nicarao pipil, conjuntamente con los nonoalca pipil, hacia El Salvador, poblado por xincas, chortis de Copan, pocomanes, lencas y una leve avanzadilla pipil.

Antes de producirse la entrada de los pipiles nonoalcos, conducidos por Topilzil Axiltl, «el venerable de la túnica azul» (Lardé, 1954, 50), en El Salvador se encontraban asentados los xinca, entre Conguaco y Ahuachapán; los chortis, desde Copan a Chalatenango. Y desde este punto, los pocomanes, en solución de continuidad directa con Jalapa y Jutiapa. Pocomanes y chortis se mantienen hasta el río Lempa como límite máximo de su influencia activa, aunque lo habían atravesado en diferentes ocasiones. Y entre ambos, un núcleo de pipil nicarao (Borhegyi, 1965, 46). En la otra margen del Lempa, se mantenía el pueblo Lenca, con una serie de islotes marginados de matagalpas y ulúas.

Los pipiles invaden El Salvador, pues, en dos ocasiones diferentes. La primera entre los siglos VII y IX y la segunda en los finales del siglo XI. Con un positivo nivel cultural, una activa experiencia socioeconómica, un potencial humano considerable y no desgastado en la migración y una clara política



expansionista comenzarán promocionando, desde el siglo XII, y desarrollando una política de captación de la población autóctona salvadoreña que es ganada, aglutinada, marginada o expulsada, según los casos.

En efecto, durante los cuatro siglos que van desde el XII a la Conquista europea, los pipiles llevaron a cabo esta acción expansionista, concentrada como garantía económica en la explotación salinera de la costa y en el provechoso cultivo de los campos de cacao y algodón. Los primeros en sentir sus efectos fueron los xincas, reducidos entre Cotzumalhuapa y Ahuachapán, que servirían como población servil, sector servicios. Más tarde, los pocomanes, que se vieron obligados a emigrar a los territorios que sus hermanos detentaban en Guatemala, quedando tan sólo un pequeño grupo, aislado y marginado económicamente, que sobrevivirá hasta los años medios del período hispánico.

Los terceros en sufrir el efecto imperialista de los pipiles fueron los chortis, que teniendo sus fronteras claramente determinadas hasta Chalatenango (Lothrop, 1939), con avanzadillas más allá del río Lempa, fueron reducidos y alejados. Lo mismo que los lencas, matagalpas y chorotegas, que reciben influencia pipil, en mayor o menor grado.

Los pipiles, que aliados a los tzutuhiles (Miles, 1965, 281) participan en el conflicto internacional, por la hegemonía de los pueblos maya-quiché, consiguen un positivo nivel interior que se traduce en la fundación de nuevos núcleos urbanos (Suchitoto, Cuzcatlán...) y reestructuración de los primitivos, que fueron rebautizados totalmente con nombres pipiles o topónimos formados de una raíz pipil y otra del idioma materno (Lardé, 1954, 17-18), en torno a varios cacicazgos: Cuzcatlán, Izalco, Apanhecatl, Ahuachapán, Tehuacán, Apaxtepetl, Ixtepetl y Guacotechli (Barberena, 1892, I, 169).

En el momento en que la población pipil participaba en una lucha armada por la hegemonía, en que acababa de superar una epidemia que la había diezclado y debilitado, en que tenía problemas agrícolas por el *ricorso* del maíz, tiene que conocer de nuevo la adversidad con la llegada de un inmigrante más, totalmente nuevo esta vez, el europeo. A los efectos negativos anteriores se va a añadir el efecto de la Conquista, que

diezmará sensiblemente a la población activa de El Salvador. Aunque opusiese seria y eficaz resistencia armada a las tropas castellanas y tlascaltecas en Acajultia y Tacuscalco, *donde fue herido de consideración el propio Alvarado, el resultado fue el diezamamiento de la población pipil.* Barón Castro estudia detenidamente (1942, 105-124) el militarismo pipil y su contingente armado, según las crónicas españolas e indígenas, para evaluar el número más aproximado posible de su población en 1524. Valorando la población activa, capaz de sostener las armas, junto a la población infantil, femenina y senil, llega a la conclusión de que entre los ríos Paz y Acelhuate, la zona más habitada, la población total pipil debe ser de unos 38.640 individuos.

A partir de 1524 sobre la población indígena van a actuar una larga serie de efectos negativos —decaimiento moral del indio, choque microbiano, trabajos forzados...— que acorsetarán su crecimiento, ya de por sí afectado por el aniquilamiento de la población activa por la acción de la Conquista y por un elevado índice de mortalidad infantil, propio de país subdesarrollado. *De todos estos efectos la población indígena se irá reponiendo muy lentamente.* Doscientos cincuenta años más tarde, por 1772, el indio se ha repuesto de los frenos que limitaban su desarrollo vegetativo. Por los informes de los sacerdotes doctrineros, encargados de la evangelización y cuidado espiritual del indígena en El Salvador (*Testimonio*), se puede acompañar de cerca el modo de vida y la circunstancia del indio, la supervivencia de sus creencias y costumbres prehistóricas, pero sobre todo son particularmente interesantes por las ricas noticias acerca del estado de la población y el efecto de la transculturación operado en y sobre ella.

A primera vista el resultado es sorprendente, filológicamente hablando. Los *nahuat-pipil*, partes de ese gran grupo del que el *nahuatl* es lengua considerada como «general» desde México a Nicaragua (Remesal, 1932, 98) y en la que el misionero aprovecha esta circunstancia favorable para la evangelización y cristianización de otros pueblos de diferente etnia y lengua —con lo que el mantenimiento de la influencia del *nahuatl* contó con la colaboración insospechada del misionero, alcanzando límites que incluso no había tenido en tiempos

prehispánicos— estaban a punto de perder la fe en su propia lengua y comenzaban a expresarse en castellano. De dar crédito a los doctrineros de El Salvador, en el área nahuat, y todos son uniformes en ello, el pipil está en vías de desaparición. Los pipiles han olvidado su lengua y hasta se expresan en castellano «con elegancia» (*Testimonio*, I, fol. 40) como asegura Francisco Xavier de Herrera «de edad de sesenta años, hombre de candor», que misiona en Apaneca (Cortés, 1958, I, página 69).

Sin embargo, aun sin poner en duda la afirmación unánime de todos los doctrineros salvadoreños, que deseaban mostrar a su arzobispo buena efectividad en su ministerio u ocultar, de paso, alguna negligencia en el aprendizaje de los idiomas vernáculos —sin cuyo conocimiento no les era dable hacerse cargo de esas parroquias de indios—, una afirmación tan tajante es, sin duda, precipitada. Los misioneros muestran un hecho verdadero, pero sólo a medias. El saber el indio el idioma de Castilla no presupone su completo dominio. Al sacerdote le basta que el grado de conocimiento lingüístico sea suficiente para que participe en el sacramento de la confesión:

«Su materna es mexicano-pipil, esto es diminutiva, lengua de muchachitos..., cuyo idioma no se usa en el confesionario a exención de tal o cual vieja de el otro siglo» (*Testimonio*, I, fol. 73).

siguiendo un formulario muy rudimentario (2). También se siente satisfecho si el indígena comprende la explicación dominical en castellano y puede seguir, sin vacilación, otras prácticas religiosas cristianas. Lógicamente el poseer estos rudimentos ya es, en cierta forma, una predisposición para afirmar que el castellano está ganando adeptos y que este conocimiento se perfeccionará en una o dos generaciones. Pero

---

(2) Los misioneros habían programado esquemáticos cuestionarios, en la lengua materna del natural, en donde se tocaban los puntos religiosos más importantes. Chinchilla ha dado a conocer uno de estos cuestionarios en 1959. El mundo indígena recurre a la confesión como uno de los remedios para alejar el peligro y la enfermedad y para reaccionar a una crisis sentimental, física o espiritual. Los sacerdotes de Guatemala se asombran de que los indios «tan luego que sienten la enfermedad, aun sin que sea grave» se acercan a la confesión (*Testimonio*, II, fol. 167). Sobre la mentalidad religiosa del indio del siglo XVIII me he ocupado en 1963 y 1970c.

sólo los indios radicados en los pueblos cabecera son los únicos que pueden mantener un contacto directo más constante con el misionero. Este tiene un colaborador indispensable en la castellanización del indio, el ladino, que va a ser el principal canalizador de la hispanización del indígena. En todos los lugares en que el misionero ha mostrado al pipil como conocedor y hablador del castellano está presente la figura del ladino. Pero el pipil continúa estando presente en El Salvador, ya que un contingente numeroso de población está dispersa, en los pueblos anejos, donde la acción del ladino se difumina, y existe, además, una gran población rural. De los 56.292 pipiles contabilizados según los métodos censales del misionero —un tanto rudimentarios, con tendencia a rebajarlos para rehuir, de este modo, ciertas contribuciones eclesiásticas— 19.107 habitan en pueblos cabecera, que serán los que están en trance de perder con mayor rapidez el conocimiento de la lengua materna. Es, pues, una población bilingüe, que entiende el castellano o se expresa en él o que, a título de cristianización, puede seguir las enseñanzas en esa lengua. Sobre la población restante, en pueblos anejos y población rural, pervive, aunque de modo desigual, el idioma pipil.

CUADRO 1

## POBLACION DE HABLA NAHUAT-PIPII

Cabecera	Anejos	Familias	Personas	Ladinos
1. Ahuachapan		482	1.798	1.035 (3)
	Ataco	303	784	
	Tacuba	351	996	
	Población rural	50	300	
2. Apaneca		164	688	338 (4)
	Salquatitan	100	396	
	Juayúa	117	526	
3. Ateos		14	55	37

(3) En 1549 el licenciado Tomás López informa que las mujeres hablan pocomán y los hombres pipil. En 1769, todos entienden castellano y el cura no necesita el nahuat en su ministerio (*Testimonio*, I, fol. 35).

(4) Los indios de la cabecera «entienden» el castellano. Con los pueblos anejos han abandonado el uso del pipil «y hablan castilla con elegancia» (*Testimonio*, I, fol. 40 v.).

	Talniquetepet	40	220	
	Comasagua	123	561	
	Tamanique	32	160	
	Chiltiupa	47	227	
	Teotepeque	66	280	
	Jicalapa	126	507	6
	Sitio de Punan	10	68	
	Población rural		29	
4. Caluco		50	280	273
	Naulingo	70	343	121
	Huaimango	130	607	55
	Juyuta	30	112	7
	Población rural		17	(5)
	Salinas de Apuyeca			
5. Cojutepeque		871	1.888	631 (6)
	Ilobasco	140	559	812
	S. Pedro Perulapan	1.555	4.717	39
	S. Martín Perulapan	327	850	
	Perulagilla	146	421	6
6. Guaymaco		236	790	710 (7)
	Sta. Isabel Sapotan	26	191	
	S. Julián Caculuta	18	69	
	S. Lucas Cuisnahuat	58	208	
	S. Miguel Misatá	16	86	
7. Izalco		933	3.455	790 (8)
	Dolores de Izalco	912	2.212	
	Asunción de Izalco			
		821	2.790	190 (9)
8. Nahuizalco				

(5) No se contabilizan ni la población rural, repartida en 40 ranchos, ni la población que trabaja en las productivas salinas (Cortés, 1958, I, 81).

(6) El pueblo cabecera, que «está cerca de un serrito llamado (en mexicano nahuatl) Cuxutepec, que en nuestro castellano dice «Serro de Pabas» por lo que parece de ay derivado el nombre de este pueblo», tiene una población que «hablan y entienden el castellano» (*Testimonio*, I, fol. 114).

(7) «De manera que igualmente los ladinos y los indios, aunque imperfectamente los unos, entienden y hablan la lengua de los otros para sus comunidades y negocios» (*Testimonio*, I, fol. 62). «Con la mezcla de tantos ladinos se cree no preciso (el nahuatl para la explicación religiosa) ya que todos entienden y hablan castellano» (Cortés, 1958, I, 92).

(8) El pueblo está compuesto por dos parroquias, separadas. El párroco debe valerse de la «lengua mexicana que llaman pipil» (*Testimonio*, I, fol. 57) pero los indios aun con «su idioma nativo, que es el mexicano, hablan bien el castellano. Las indias si son más remisas en hablarlo y se recantan al mexicano» (*Testimonio*, I, fols. 60 y 60 v.).

(9) «Cuasi todos hablan castilla» (*Testimonio*, I, fol. 65 v.).

Cabecera	Anejos	Familias	Personas	Ladinos
9. Opico	Sta. Catalina Matzahua	154	783	441
	S. Pedro Putzla	344	983	
	Sto. Domingo Oloultzapan	64	146	
	—	—	—	
	Tacachico	15	53	
	Jayaque	120	578	
	Tepecoyo	56	309	
10. Olocuilta	Sacacoyo	13	56	— (10)
	Población rural	353	897	
	—	—	—	
	San Juan Tecpa	—	2.200	
11. San Jacinto	Sta. Catalina Cuyultitan	—	1.100	213 (11)
	Población rural	—	300	
	—	85	343	
	Panchimalco	500	2.197	
	Guisucar	200	874	
12. San Pedro Matzahuat	Cuzcatlan	19	76	115
	—	167	832	
	Santa María Magdalena Tapanhuaca	65	363	
	S. Francisco Chinameca	288	1.342	
	S. Antonio Matzahuat	145	697	

(10) El modo de empadronamiento seguido por la Iglesia sigue las llamadas «almas de confesión», que nunca responde a un módulo fijo. La práctica común es comenzar la confesión a los siete u ocho años, no entrando en estos cálculos la población infantil. Manuel Antonio de Andonágui «hombre vano, satisfecho y poco cuidado de su oficio», el párroco, da poca apreciación al censo: «dos mil y tantas almas de confesión» tiene Olocuilta, unas 1.200 Tecpa y 300 Cuyultitán, todas ellas sabedoras del castellano y sólo «por accidente se oye hablar el primitivo idioma que es el mexicano» (Cortés, 1958, I, 127).

(11) El cura, que es José Díaz del Castillo, «hombre vano y belicoso, engreído de ser descendiente de los conquistadores», indica que todos los indios de su distrito hablan castellano «y algunas Indias de Panchimalco hablan el Mexicano, aunque para confesarse usan de la Castilla» (*Testimonio*, I, 70 v.). El arzobispo Cortés Larraz puntualiza más indicando que «la verdad es que el idioma materno es el mexicano y el que comúnmente hablarán indios e indias, por más que entiendan el castellano, principalmente en los pueblos de Panchimalco y Guisúcar en donde no hay ladinos» (Cortés, 1958, I, 112).

(12) «El idioma que tienen estos indios es nahuatl, pero por lo común todos entienden y hablan el castellano, aunque las mujeres están poco expeditas en éste. En caso de vacante se procurará proveer en quien sepa el idioma nahuatl, porque no deja de necesitarse para las mujeres y niños» (Cortés, 1958, I, 132).

	S. Juan Tepezontes	54	260	
	Población rural	78	443	
13. San Salvador		—	—	7.118 (13)
	Cuscatancingo	134	600	
	Paleca	80	354	
	Apopa	160	600	708
	Nejapa	85	300	700
	Quezaltepeque	—	—	1.000
	Guazapa	11	70	
14. Santa Ana		138	635	4.106 (14)
	Santa Lucía	54	244	
	Coatepeque	206	1.066	
15. Santiago Nonualco		346	1.713	650 (15)
	S. Juan Nonualco	163	661	
	Sta. María Ostuma	91	422	79
	S. Pedro Nonualco	131	639	
16. Santo Tomás Texaguangos		329	912	(16)
	Santiago	365	1.003	
	San Marcos	155	453	
	Población infantil en los tres lugares		1.940	
17. Sonsonate		—	—	2.836 (17)
	S. Francisco Taculcalco	—	—	116
	S. Miguel Sonsonate	82	370	
	S. Antonio del Monte	49	200	
	Santa Isabel Mexicanos	41	163	

(13) En la capital, la población es de españoles y ladinos. Dos curas se hallan a cargo de San Salvador y sus anejos en 1770. Ambos juzgan que la población indígena habla pipil, pero todos entienden castellano y en Apopa y Nexapa «lo hablan muy bien», tanto que «los pequeños han olvidado ya el mexicano... con tal perfección como cualquiera ladino en tal modo que los indisuelos no sólo no hablan el mexicano que es su nacional pero ni lo entienden» (*Testimonio*, I, fol. 66 v.). Según fray Alonso Ponce existían achies en este distrito —«muy pocos» (1873, I, 398)—, de los que absolutamente nada se indica dos siglos después.

(14) En el pueblo cabecera viven españoles, ladinos y pardos. En todo el distrito los indios «usan poco la mexicana, por lo que no se necesita aquí de lengua» (*Testimonio*, I, fol. 136).

(15) En Santiago «los indisuelos hablan comúnmente el castellano» porque «la lengua mexicana la tienen olvidada» (*Testimonio*, I, fol. 86 v.).

(16) Existe una numerosa población rural no contabilizada (Cortés, 1958, I, 119). «Para la administración de los sacramentos se usa el castellano, la mexicana-pipil sólo se usa en el confesionario para alguna que otra vieja del otro siglo» (*Testimonio*, I, fol. 73).

(17) «Los indios hablan mexicano, aunque se habla bien y claramente el castellano» (*Testimonio*, I, fol. 50).

Cabecera	Anejos	Familias	Personas	Ladinos
18. Tonacatepeque	Soyapango	96	628	292
	Jilopango	160	1.057	
	Valle de Guayabal	90	340	593
		—	—	
19. Zacatetoluca	Analco			(18)
	Tecoluca			
		TOTAL	56.292	

### 1A. Nahuatl

La última de las migraciones nahuatl llega a El Salvador de la mano del europeo. Los 250 españoles —ciento de a caballo y ciento cincuenta peones— se ayudan de cinco o seis mil indios tlascaltecas, «amigos nuestros», dice el mismo Alvarado (Barón, 1942, 114), que reciben al fin de la Conquista una serie de donaciones y privilegios por su colaboración. Se asentaron cerca de Cuzcatlán, a pocas leguas de San Salvador, «a la falda del volcán de San Salvador, en bastante llanura, aunque rodeados de cerros» (Cortés, 1958, I, 101), en el pueblo denominado de Mexicanos. Fueron ellos quienes por su pureza lingüística advirtieron el torpe lenguaje de los nahuatl y su forma casi infantil de expresarse y quienes denominaron pipiles a los descendientes de los nicarao y nonualco.

El desarrollo de esta pequeña comunidad rodeada de sus hermanos de raza, pero hablantes de un idioma que era propio de sus antepasados, es verdaderamente interesante y debería estudiarse con atención. Lingüísticamente sufren los mismos efectos que los restantes curatos salvadoreños. El haber colaborado con el europeo tal vez les predispusiese a la hispanización. Pero sobre todo lo es el ser abastecedores de frutas y verduras de la ciudad de San Salvador, donde trabajan, además, como peones (Cortés, 1958, I, 101). Por eso en 1771 los 3.751 individuos del curato saben castellano «aunque entre sí hablan los indios mexicano» (*Testimonio*, I, fol. 65v). Un

(18) Su doctrinero no da información alguna sobre el estado de la población.



nahuatl que, evidentemente, habrá evolucionado sensiblemente por el contacto con la población pipil.

CUADRO 2  
POBLACION DE HABLA NAHUATL

	Familias	Personas
Mejicanos ... ..	305	1.746
Aculhuacan ... ..	249	1.105
San Sebastián ... ..	196	760
Ayustastepeque ... ..	115	440
	TOTAL	4.051

## II. Minorías lingüísticas

Una pequeña parte de la población indígena salvadoreña no se expresa comúnmente ni en pipil ni en castellano, y responde a grupos étnicos no asimilados por aquellos dos pueblos. Estas minorías idiomáticas, resultado de la no incorporación a la lengua dominante como reacción a identificarse lingüística y culturalmente con el expansionismo de tales lenguas más poderosas o debido a un marginalismo social, cultural y económico, no son nuevas en El Salvador. Situación semejante existió durante el Viejo Imperio, cuando la onda cultural maya redujo considerablemente a los xincas, lencas y mangues. Los pipiles variaron la contextura política, pasando los pueblos mayas de ser dominantes a dominados y provocaron el que chortís y pocomanes se incorporasen étnica y lingüísticamente al nahuatl, emigrasen y quedasen, también, aislados en pequeños enclaves. El proceso fue semejante siempre: el pueblo más fuerte aumentó sus fronteras, captando a la población anterior, mayizándola o nahuatpipilizándola, quedando unos pequeños grupos que continuaron expresándose en xinca, lenca o mangué.

Cuando el castellano comienza su acción expansiva, el pueblo xinca, que vivía a ambos lados de la frontera actual entre El Salvador y Guatemala, había desaparecido de territorio salvadoreño. Los xincas, descendientes tal vez de los lko-

magi (*Anales*, 1950, 48) como sugiere S. K. Lothrop (1939, 42), o de los grupos protoxicas como apunta S. de Borhegyi en un trabajo definitivo (1965, 7), representan el núcleo de población más antiguo conocido de la región. Se habían asentado, durante el primer período preclásico (1500-600 a. C.) en las zonas costeras del Pacífico, desde el río de los Esclavos, en Guatemala, hasta el Chilama, en El Salvador, y pronto recibiendo los embates sucesivos de los grupos protomayas, mayas y nahuatl, que les coartaron su expansión. Poco después de la llegada del español, el pueblo xinca se encuentra radicado en zona guatemalteca, ya que el licenciado García del Palacio que visita la región en 1570 no hace referencia a ellos: o emigraron en masa, junto a sus hermanos, o fueron captados idiomáticamente por los nahua y entre ellos contados.

Los ríos Lempa y Grande de San Miguel se toman siempre como frontera de los lenca, matagalpa y mangue, que habitan territorios en su derecha. Todos estos grupos no los cruzaron de forma definitiva, frenados por los protoxicas y protomayas primero, los mayas y los nahua después, aunque sí fueron a su vez invadidos cultural y lingüísticamente por mayas y nahua.

Los pueblos mayas, chortís y pocomanes, después de las invasiones nahua, se dejaron ganar por su acción expansionista, adoptando su lengua a la larga, llegando a ser bilingües, huyendo o permaneciendo heroicamente fieles a su lengua primitiva. En este último caso son los islotes lingüísticos la expresión de su reserva a adoptar ese idioma más poderoso cuyo efecto se repite en y durante el período hispánico, esta vez teniendo al castellano como protagonista.

#### 1. Lenca

Lingüísticamente, el lenca o potón es idioma inclasificable, a pesar de los estudios hechos y los esfuerzos por encontrarle parentesco. Morris Swadesh juzga, en un estudio capital, que cerca de unas 20 centurias le separan del chilanga, su dialecto, unas 45 del nahua y hasta 47 de los grupos maya (1967, 98). Y es, junto al xinca, idioma huérfano al que no se le ha encontrado rasgo de parentesco legítimo que le agrupe con las grandes familias lingüísticas mesoamericanas (hokal-

teca, utoazteca, macromaya, otomangue y tarasca). La bibliografía sobre el lenca es, también, limitada, y ha sido recogida por William Bright (1967, 59) y Fernández de Miranda (1967, 77). Robert Longacre, que dibuja el más moderno de los mapas lingüísticos de Mesoamérica (1967, 121), realizado sobre los de Mendizábal y Jiménez Moreno (1936, 1937, 1939), Frederick Johnson (1940) y McQuown (1955) dedica un área bastante amplia a la localización geográfica del pueblo lenca: entre la costa del Pacífico de El Salvador, al otro lado de los ríos Lempa y San Miguel, por el Sur, hasta los ríos Ulúa y Choluteca en Honduras, por el Norte. Pueblos chorotegas forman la frontera por el Este, al otro lado justo de la actual frontera oriental de El Salvador con la Honduras del Pacífico, y pueblos chortís y pipiles en el lado izquierdo de los ríos Lempa y S. Miguel.

Esta imagen es un poco rígida y puede prestarse a confusión, porque no corresponde exactamente a ningún momento histórico. Longacre suma todas las situaciones históricas por las que atravesó el lenca, y hace coincidir además las fronteras idiomáticas con las fronteras políticas actuales.

Los lencas y protoxincas son señalados como la población más antigua conocida de la región salvadoreña. Separados por esos ríos S. Miguel y Lempa, quedando entre ambos una zona que conocería una influencia común. La acción expansiva política, económica y cultural de los pueblos mayas actuó como una cuña entre y sobre los xincas y lencas, por cuyo territorio se difundió hasta detenerse frenada por la decadencia del Viejo Imperio a fines del siglo IX. Esta paralización fue aprovechada por los lencas que ocuparon Chalatenango a principios del siglo X (Lardé, 1945) y posiciones avanzadas en los actuales departamentos de Cabañas y Chalatenango. Este resurgir del lenca o potón se actualiza en el mapa de Longacre, pero esta situación se mantiene durante poco tiempo, ya que en ese mismo siglo se efectúa la expansión territorial nahuat-pipil que atraviesa incluso el río Lempa por dos direcciones: por la costa, penetrando en territorio lenca hasta Conchagua y Yayantique, donde reorganizan ciudades que bautizan con nombres pipiles (Jiquilisco, Jucuapa, Usulután); y en el interior, donde siguen el mismo procedimiento, ocupando Chalatenango y sus alrededores (Tejutepeque, Sensuntepeque,

Apastepeque). La reacción lenca es doble: o se pipiliza o se aleja a lugares apartados donde proteger su costumbre. Pero en ambos casos la lengua se mantiene, existiendo lencas bilingües que saben y se expresan en nahuatl. Cuando en 1586 fray Alonso Ponce visita la región encuentra numerosos «pueblos», «poblezuelos» y «poblecillos» como Oxúcar, Aguacayo, Jiquilisco, Santa María, Mejicapa, Ereguayquín, Xiriultique, Elenuayquín, Conxagua, La Teca, Fonseca, Amapalita, San Miguel, que todos ellos

son potones, pero entienden bien la lengua mexicana.  
(Poncé, 1875, I, 392-393.)

Gracias a este conocimiento del nahua el misionero intentará la evangelización del pueblo lenca, por lo que la pervivencia del idioma prehispánico tiene como elemento mantenedor, en este caso, la ayuda del propio europeo. Desde los asentamientos españoles —la villa de San Miguel, para esta zona— y la población ladina, el castellano comenzará su actuación, desde 1540, como una lengua invasora más sobre el lenca, que conocerá dos resultados: aquellos lencas bilingües, sabedores del nahua, serán los más inclinados a la castellanización, entre otras cosas por estar en zonas más ricas y fértiles (la bocacosta del Pacífico), mientras que los lencas monolingües, ya reducidos por los pipiles a casi meros islotes idiomáticos, mantendrán su posición casi de modo semejante durante la mayor parte de los siglos hispánicos. Los primeros ya han sido captados por el castellano en 1772, mientras que sobre los segundos su propia lengua materna les opta para resistir la hispanización orgullosos de su diferenciación, aunque sabiendo, eso sí, el castellano.

éstos tienen sus idiomas que solamente entienden ellos y que se jactan de que ninguno los entiende, y que ellos entienden todos, y es así: porque en todos los pueblos hay alguno que entiende el castellano

indica Domingo Juarros en 1809 (Lardé, 1945), mostrando al idioma lenca y al chilanga, su dialecto, y tal vez al matagalpa de Lislique y Cacaopera.

En 1772 se habla lenca en el departamento de Morazán, en torno a San Francisco Gotera y Osicala. Con una población

rural dispersa y poco numerosa, con difíciles comunicaciones y condiciones económicas adversas, lo que facilita la marginación y el mantenimiento lineal de situaciones tradicionales. Sin embargo la castellanización debe estar operando su efecto, aunque lentamente. Los dos doctrineros que misionan en estos dos pueblos cabecera indican que utilizan el español en las prácticas religiosas. Pero Osicala es un pueblo ladino, con 1697 individuos, y viven criollos y ladinos en los valles de San Marcos y en muchas haciendas donde cultivan «bastante tinta, maíz suficiente para el consumo y algunos ganados» (Cortés, 1958, I, 169). La población indígena, rural y dispersa, consta en 1772 de 2.719 personas, si los recuentos de los misioneros son correctos.

CUADRO 3  
POBLACION DE LENGUA LENCA

Cabecera	Anejos	Familias	Individuos	Ladinos
1. S. Fco. Gotera		41	80	
	Anamorós	21	58	
	Polorós	77	171	
	Yamabar	—	112	
	Sensenbla	—	—	
	Guatiyagua	—	—	
	Población rural	500	1.928	
2. Osicala				1.697
	Joaquite	12	45	
	Yoloaiquin	20	77	
	Torola	10	40	
	Meanguera	19	100	
	Arambala	17	108	
	TOTAL		2.719	

### 1A. Chilanga

Los trabajos clasificatorios de R. Escalante y L. Faier (1959) y Morris Swadesh (1960) han permitido diferenciar en el lenca una variante dialectal, hablada por los habitantes del pueblo de Chilanga y sus cercanías, dependiente eclesiásticamente, durante el siglo XVIII, de Gotera. Pero Joaquín José Lucero, que misiona en él, no indica anomalía idiomática alguna. Bien es verdad que tenía ocho pueblos anejos bajo su jurisdicción y una población de unas tres mil personas repartidas en una

ancha zona. Población que se expresa en pipil, matagalpa, lenca y chilanga. Aun contando con un celo extraordinario y unos conocimientos lingüísticos fuera de lo común, no podía, materialmente, atender de modo conveniente a un distrito tan amplio. Al pueblo de Chilanga sólo iba dos veces al año (Cortés, 1958, I, 170), acción que critica su arzobispo. Pero creo que la razón de esta negligencia está, precisamente, en las dificultades que tenía aquel religioso en materia lingüística, para comunicarse con los habitantes de la aldea. Razón que por un lado imposibilitaba la asistencia religiosa de una parte, aunque pequeña, de la población, pero que resguardó, por otro lado, su pervivencia.

La falta de preocupación del religioso le hace, además justificable, desconocer el número de habitantes de Chilanga, aunque sólo diste una legua de la cabecera. Pero por aproximación a la población de los otros anejos de la misma región, estimo en unos 200 los indios que se expresan en este dialecto.

## 2. Matagalpa

W. Bright indica, entre los trabajos de los escasos especialistas que se han dedicado al estudio de este idioma (1967, 60), los de Daniel G. Brinton (1895), Walter Lehman (1920) y Jeremías Mendoza (1895). Este idioma ha sido clasificado, unas veces como familia independiente, junto al misquito y el sumo y sus correspondientes subdivisiones, y otras, por el contrario, como formando parte de los grupos misquito-xinca o chibcha-misquito (Fernández de Miranda, 1967, 75-76). Pericot indica que el matagalpa ocupaba la parte central y oeste de Nicaragua y en ciertas zonas de Honduras, dando como prueba los restos lingüísticos en la toponimia —topónimos en *li* (agua)— llegando incluso hasta el NE. de El Salvador (1961, página 780).

Por razones de tipo político y económico este pueblo fue coaccionado en diversas ocasiones a la lucha encontrada con otros pueblos más fuertes y potentes (lencas, mayas y pipiles) que los expulsaron de aquel emplazamiento, quedando atrás algunos elementos que no pudieron acompañar al grueso de la población en su éxodo migratorio y por lo que per-

manecieron aislados y marginados. Ese es el resultado de Lislique y Cacaopera, pequeñas aldeas pertenecientes a la jurisdicción eclesiástica de Gotera y Osicala. Con condiciones económicas muy difíciles, escasos rendimientos en sus cultivos y aislamiento casi absoluto por lo accidentado de la región, las condiciones de supervivencia del cacaopera o matagalpa están aseguradas. Aunque

son sumamente infelices, se hallan situados en peñascos de piedra que nada producen, ni hay otra cosa que sobrada libertad; bien supongo que a alguna parte irán a sembrar maíces, pero en todos los alrededores de sus términos no hay apariencia de que puedan sembrarse, porque todo es piedra, cerros y precipicios (Cortés, 1958, I, 177).

Ni Miguel Tagle Sotelo «hombre juicioso y atento y diestro en los idiomas kakchiquel y kiché» (Cortés, 1958, I, 178) que sólo lleva en el curato un mes en el momento en que le visitaba su arzobispo, ni éste, dan noticia alguna sobre el idioma en que se expresan sus feligreses en ambas localidades. Según sus informaciones existen 684 individuos repartidos entre ambos pueblos.

CUADRO 4  
POBLACION DE HABLA CACAOPERA O MATAGALPA

	<i>Familias</i>	<i>Individuos</i>
Lislique ... ..	21	58
Cacaopera ... ..	100	526
	TOTAL ... ..	684

### 3. Minorías mayas: Chortís y pocomanes

Existe una opinión bastante generalizada que indica que los idiomas vernáculos son tanto más resistentes y persistentes cuanto más atados sean a su propia tierra, mientras que los inmigrantes son más sensibles a las influencias y, por ello, los más afectados a la castellanización. Siguiendo esta opi-

nión las lenguas mayas, nacidas y crecidas en el altiplano guatemalteco, con sus posteriores ramificaciones, serían más consistentes que, por ejemplo, las lenguas de la familia utoazteca que llegaron procedentes de otras áreas geográficas. Esta opinión carece totalmente de sentido, porque la pervivencia o no de una lengua vernácula no depende de su nacimiento, sino de una serie de condicionantes sociológicos, económicos y políticos.

Prueba de ello se encuentra en el propio El Salvador, donde los pueblos mayas que alcanzaron la frontera más meridional de su expansión territorial, en los tiempos gloriosos del *Viejo Imperio*, en territorio salvadoreño, no sólo quedaron reducidos y disminuidos en su ruina, sino que la lengua maya casi desapareció de dicho territorio ante el colonialismo de los pipiles.

Establecidos los pueblos pre y protomayas, durante el primer período preclásico, en las zonas montañosas de Guatemala y Honduras, desarrollaron a partir del período protoclásico y clásico, la alta cultura que dio origen y desarrollo al *Viejo Imperio*, con su alta especialización cultural, su poder teocrático, su elevado nivel científico, un arte barrocamemente expresivo y un imperialismo expansionista de alto matiz espiritual que le orientó hacia Chiapas y Yucatán, por un lado, y hacia el Sur por el actual El Salvador.

La alta cultura maya, apoyada en el mundo mítico y reverencial del maíz, canalizó sus preferencias hacia la complicación barroca y el lujo. La ocupación primordial de la clase dirigente —un sacerdocio tecnocratizado—, hipnotizada entre «la eternidad del pasado y la eternidad del porvenir» (Chaunu, 1963) consistió en descubrir el secreto del tiempo y en hallar la solución de ese constante y obsesivo devenir que no se detiene nunca. Ocupados estos tecnócratas en esta ocupación concentraron toda la práctica del poder, a fines del primer período clásico (300-700), en una teocracia especializada en la producción y sostenimiento de valores espirituales. Toda la población maya —chortís, pocomanes y la evolución de los grupos protomames y protokekchies (Borhegyi, 1965, 20)— se dedicó a la producción de auténticos prodigios arquitectó-



nicos y escultóricos. Pero al mismo tiempo que se realiza este esfuerzo artístico se producen una serie de acontecimientos de tipo político y económico, que van a condicionar la ruina del Viejo Imperio. Al agotamiento de las tierras, que producirá el debilitamiento fisiológico de la población, se añadirán graves disturbios internos (19) y ambos coincidirán con problemas de tipo internacional, con la invasión de pueblos nahua, que llegan en diversas oleadas, siendo las más importantes las de los siglos VII y XII. La acción política de los pipiles va a variar de modo sensible la fisonomía política de los pueblos mayas, forzando a unos a la emigración hacia el Norte, mientras que aquellos que permanecen, por una falta de cohesión y una atomización, les provocará hacia muchos cambios estructurales: unas veces se unirán política, biológica y lingüísticamente a los nahua (cakchiqueles, quichés, tzutuhiles, alaguilacs), mientras otras sobreviven en un subdesarrollo activamente vigilados por el colonialismo pipil.

Los grupos mayas directamente afectados en El Salvador serán los chortís y los pocomanes. Ambos son mayas puros, aunque pertenecientes a grupos lingüísticos diferentes: el primero al maya-quiché, el segundo al chol. Ambos han padecido, desde el siglo X al XVI, la acción expansionista de los pipiles, que los van aglutinando y absorbiendo con facilidad. Prueba de su debilidad es que, en El Salvador, ni un sólo idioma mestizo queda como exponente de la resistencia e importancia maya. Los pocomanes huyeron casi en masa junto a sus hermanos de Guatemala, dejando atrás un pequeño núcleo en Ahuachapa y Chalchuapa y los chortís, empobrecidos, fueron pipilizados casi masivamente: aunque del contacto entre el chortí y el nahuat nació el alaguilac, su nacimiento se produjo

---

(19) Sobre las causas de la ruina del Viejo Imperio maya se han indicado siempre razones climáticas y físicas. Hernández Sánchez-Barba apunta una sugerente teoría de orden político, una fricción entre el sacerdocio dirigente y el campesinado que originaría una gran crisis económica, porque «no es el cataclismo de orden físico lo que origina el cambio humano, sino un cataclismo de orden humano quien impone el cambio físico» (1963, I, 138-139). Creo que gran parte de la pérdida de ese control político estribaría en diferencias lingüísticas, en rivalidades entre las comunidades chortí y pocomán, lo que originaría una falta de cohesión entre ambos pueblos mayas. Ya que, lingüísticamente, ambos pueblos pertenecen a grupos idiomáticos diferentes y se desconocen filológicamente por completo.

en el Este de Guatemala, entre Salamá y Acasaguastlán (Solano, 1969, 190-191).

### 3A. Chortí

Sobre la suerte de los chortís de El Salvador, dominados e influenciados por los nahua desde el siglo X, se ha preocupado, aunque tangencialmente, Rafael Girard (1949). Cuando se quebró el efecto reverencial que imponía Copan, centro de captación de un área que, por el Sur, llegaba hasta Chalatenango y Tejutla, los pipiles comenzaron su labor absorcionista sobre las comunidades chortís lo bastante intensa como para imponerles su lengua, aunque sin provocarles el olvido de la suya de modo definitivo. Alcanzarían un cierto grado de bilingüismo, que se continúa hasta bien entrada la época hispánica.

La castellanización se implanta de modo notable, tal vez provocada por dos causas. Una de ellas, el crecido número de ladinos —«de cuatro habitantes, tres son ladinos» en Chalatenango (Cortés, 1958, I, 205)— y otra, la despoblación y la dificultad de las comunicaciones, como en Metapan, que tiene

...muy pocos indios y la mayor parte de la gente en despoblados de caminos pésimos (Cortés, 1958, I, 259).

En 1772 Texistepeque —topónimo creado con raíz maya y terminación pipil— la población indígena habla nahuat y chortí, realizando, además, sus prácticas religiosas en castellano.

Pero la atadura hacia su primer y auténtico idioma es casi puramente rutinaria. Los chortís de Chalatenango, el centro maya de más importancia en el Sur,

...todos los indios de este curato hablan la lengua castellana y aunque algunos hablan *por antoxo* aquella cómo se llama esta lengua *Testimonio* I, fol. 117v).

lengua que se difundía por sus ascendientes, ignoran

El chortí, pues, se halla en trance de desaparición, utilizado tan sólo como lengua doméstica en los hogares de las aldeas. En Tejutla «sólo por accidente» es usado en el confe-

sonario por Joseph Ignacio Acosta (*Testimonio*, I, fol. 119v). Pero el conocimiento de la lengua castellana de estos indios debe ser rudimentario, porque en la misma Tejutla «hay lances en que es preciso el idioma materno (indicio de que algunos ignoran el castellano» (Cortés, 1958, I, 210). Pero se está produciendo el paso idiomático de modo radical de los 4.423 chortís que en 1772 vivían en El Salvador.

CUADRO 5  
POBLACION DE LENGUA CHORTI

Cabecera	Anejos	Familias	Individuos	Ladinos
1. Chalatenango		73	325	250
	Arcatao	14	71	
	Techoncho	48	201	
	Quezaltepeque	58	239	
	Población rural	2	20	
2. Metapan		15	41	2.124
	Valles de S. Juan y Montenegro	45	424	671
	Valles de Lanquí, Espinal y población rural			390
3. Tejutla	Valle Capulín	2	29	
	Citalá	81	388	
	Población rural	27	167	
4. Textistepeque		198	1.649	
		119	554	
	Chicumquezal	47	235	
	Atecpam-Mazahua	15	80	
	Población rural			330
	TOTAL		4.423	

### 3B. Pocomán

Durante mucho tiempo los pocomanes fueron y son los vecinos de los chortís. Pero a pesar de su estrecha vecindad y su proximidad geográfica los dos pueblos se desconocen lingüísticamente, porque aunque pertenezcan ambos a la misma familia, cada uno de ellos se encuadra en grupos distintos: el pocomán pertenece al grupo maya-quiché, mientras el chortí lo es del chol. Esto supone una dificultad extraordinaria en el orden de la intercomunicación, admirablemente resuelta en tiempos de historia común, como durante el Viejo Imperio, pero que en momentos de decadencia no sólo los distancia y

los aísla sino que favorece el dominio ejercido por otras lenguas u otros pueblos.

Gracias a este desconocimiento lingüístico mutuo puede justificarse también la rapidez de la conquista nahua y la pipilización de El Salvador. Antes de la llegada de los nahua el pueblo pocomán mantenía una localización bastante homogénea, desde el altiplano guatemalteco a la laguna de Coatepeque y río Banderas en el Salvador, pasando por S. Pedro Pínula y Jilotepeque, teniendo al Sur a los xincas, y por el Este y Sureste a los chortís y los Lencas, mientras los pueblos mames se encuentran en su Oeste. Los pipiles dividieron a los pocomanes en dos, con su asentamiento en Salamá y Mita, mientras en El Salvador son repelidos masivamente, salvo un pequeño enclave de pocomanes en el suroeste que no pueden, por la razón que sea, seguir a los suyos en la emigración. El cambio idiomático ejercido por la presión pipil se deja sentir en el pequeño distrito de Ahuachapa y Chalchuapa. A principios del siglo XVI aún no se ha operado por completo este cambio. En 1549 el licenciado Tomás López Medel (Lardé, 1926, 285) informaba que en ese lugar las mujeres hablan pocomán, mientras los hombres se expresaban ya en pipil. Menos tiempo necesitó el castellano para captar a la población, porque en 1769 todos los indios de Ahuachapán «todos entienden castellano y (el cura) no lo necesita en su ministerio» (*Testimonio*, I, fol. 35).

En 1772 los pocomanes de Ahuachapán se han despipilizado casi por completo y se encuentran muy ganados al castellano. Los de Chalchuapa, por el contrario, no recibieron, o no aceptaron, demasiada influencia nahua. En 1771 existían aún pocomanes que conocían su lengua, aunque casi a nivel de lengua doméstica, porque su doctrinero, Felipe Aceituno, juzga que «usan del los indios entre sí y muy poco. No se les administra los sacramentos en su idioma» (*Testimonio*, folio 141v). Según el criterio censal del misionero, la población pocomán es de unos 662 individuos, que viven junto a 600 ladinos en el pueblo cabecera y una población rural formada, casi por completo, por ladinos y mulatos.

### III. Castellano

El conocimiento del español va a significar un importante

elemento en el proceso de la ascensión social del indio. Su aprendizaje dependió estrechamente del régimen de poblamiento: mientras en ciudades y villas la minoría europea convivía con la masa indígena, en los pueblos y lugares, con población casi exclusivamente indígena, sólo actuaba la presencia del misionero que le evangelizaba en su lengua materna. En los primeros, la trasculturación se efectuó gracias a la eficaz colaboración del mestizo, contando además como aliados el empeño de hispanización de la aristocracia indígena y la propia emulación del macegual por adquirir prestigio social. El resultado fue la adopción por parte del indio de ciertos usos y costumbres del español, idioma incluido.

En el medio urbano, el indio perdió con facilidad la atadura a su lengua vernácula, porque era el castellano el idioma que precisaba para sus actividades económicas, en el que le adoctrinaba un clero, preferentemente secular, poco conocedor de los idiomas nativos y el que utilizaba como medio de comunicación con la población blanca y mestiza. Pero no todo se debió a la colaboración del mestizo. Hay que contar con el propio afán del mismo indígena de superación y ascensión social que, por prestigio, por deseo de rehuir la identificación con el campesino, adquirió las costumbres y modo de vivir del europeo, expresándose además en su lengua. El proceso comenzaría por el conocimiento de las frases y palabras más comunes, las necesarias para desenvolverse sin temor a engaño en el mercado. Que unidas al aprendizaje de la Doctrina, a las preguntas, sencillas, de la confesión y las homilias del sacerdote, fueron provocando el olvido paulatino de la lengua materna.

En el medio rural el panorama es diferente. Puede ofrecer un doble paisaje: a) En pueblos y lugares de población indígena, más o menos dispersa, sin mestizos con quienes dialogar y comerciar, sin estímulos sociales que le aguijoneen y con misioneros que le adoctrinan en su propia lengua, la influencia del castellano es mínima, reducida tan sólo a un área limitada de préstamos culturales. b) En aquellos lugares que precisan mucha mano de obra, el resultado puede ser el afianzamiento de la lengua nativa y también su olvido. Depende mucho de la presencia o ausencia del mulato, que actúa como elemento catalizador. En zonas agrícolas (plan-

taciones de añil, cacao, algodón, caña de azúcar...) el mulato trabaja junto al natural en las faenas del campo, utilizando entre ambos el castellano. Si a esto se añaden unas condiciones climáticas adversas (enfermedades endémicas, como en la bocacosta del Pacífico en Guatemala) el resultado será el diezmamiento de la población, que tendrá que compensarse con la inmigración. Pero esta inmigración se produce con indios de grupos lingüísticos diferentes, acabando por comunicarse todos entre sí en castellano. Si por el contrario la gran necesidad de mano de obra carece de la ayuda del mulato, siendo fundamentalmente indígena, como en las minas, entonces el número de hablantes del idioma de la región captará idiomáticamente a la inmigración.

En El Salvador se dan todos estos procesos en 1772. En las ciudades y villas (San Salvador, San Miguel, San Vicente de Austria, Santa Ana, Sonsonate) el castellano está imponiéndose entre la población indígena. Ha debido dejar la fase de una torpeza expresiva, un «chapurreo» conocido por «castellano plebeyo» entre los curas doctrineros (*Testimonio*, I, folio 93) para entrar en la fase del habla castellana «con cierta elegancia» (*Testimonio*, I, fol. 40). Con lo que hará difícil la operación diferenciadora entre indígena y ladino. Para los doctrineros del siglo XVIII resulta sencillo. Pero el término «ladino» puede prestarse a confusión, por su equivocidad. Durante el período hispánico equivalía tanto para el mestizo, en las áreas mesoamericanas, como para el indio castellанизado. Una vez hubiera éste alcanzado un grado elevado de hispanización, para encuadrarse socialmente entre los ladinos.

El ladino fue el gran olvidado de la jurisdicción española, más atenta en su ánimo proteccionista por el indígena. La Corona y la Iglesia soñaron en un «apartheid» ideal en donde cuidar al indio sin mezcla de mal alguno, limitando al mínimo su contacto con españoles, negros, mulatos y mestizos. Como reacción el ladino, sobre todo durante el siglo XVIII, como medio de consolidación social canalizó su atención en las tierras propiedad del indígena. En zonas de fácil acceso, fertilidad y agua asegurada, propias para cultivos rentables, el

ladino se asentó entablando lucha enconada con el indígena.

...en las tierras buenas y pueblos fértiles que entran los ladinos se acaban los indios muy en breve, de que es testimonio toda la provincia de San Salvador... temo que se ahuyenten los indios a los montes por librarse de los perjuicios, engaños y robos con que los perjudican y aniquilan los ladinos (Cortés, 1958, I, 158).

pero dentro de ese matiz «ladino» se encuentra tanto el mestizo como el indio castellanizado de la ciudad, influyendo directamente sobre la población indígena que permanece en esa zona rural, ladinizándola.

En los pueblos cabecera, con población ladina y española (Ahuachapán, Cojutepeque, Izalco, Santiago Nonualco, Apaneca, San Jacinto) el grado de castellanización depende del número de ladinos, y de la lengua en que le evangeliza el misionero. No obstante al número de los indios que sepan correctamente la lengua de Castilla debe ser pequeño, y mínimo en los pueblos anejos, aldeas y lugares, donde pervive la lengua materna. Pero en los pueblos cabecera, la población ladina y española es siempre minoritaria, salvo en Ere-guiaquín y Metapán. En los otros curatos en los que no es preciso al misionero utilizar la lengua materna en la adoctrinación (Chalatenango, Suchitoto, Tejutla) es verdaderamente notable la rápida castellanización de la población indígena—de hacer caso a los pareceres de los doctri-neros—, sobre todo de la población que vive dispersa. Aun cuando sepa bastantes conceptos y palabras castellanas, toda esa población debe estar justo en el momento del cambio idiomático, exagerando su doctri-neros con ánimo de atraer sobre sí el beneplácito de sus superiores. Lo correcto debe ser la existencia de un corto número de indios que hablan y piensan en castellano en los pueblos cabecera, y numeroso el grupo de quienes comprenden el castellano, expresándose con torpeza en esta lengua y chapurreándola. En la región de San Miguel, la segunda de las ciudades de El Salvador,

...el lenguaje nacional está del todo abolido y sino es por conservar la memoria de su naturaleza no se hoye entre ellos a más de uno u otro verbo (*Testimo-no*, I, fol. 93).

y en Guaymoco

...con la mezcla de tantos ladinos se cree no preciso y que todos entienden y hablan el castellano (Cortés, 1958, I, 92).

...de manera que igualmente los ladinos y los indios, aunque imperfectamente los unos entienden y hablan la lengua de los otros para sus comunicados o negocios (*Testimonio*, I, fol. 62).

¿Cuántos indios hablan, pues, castellano? ¿Cuántos se expresan, mejor, en la lengua de Castilla? Si se cuentan los bilingües, los que se ayudan con un conocimiento, más o menos perfecto, del español y hablan, además, su lengua materna, el número es bastante crecido. Siendo difícil, por otro lado, determinar la cifra exacta, porque los doctrineros de 1772 no tienen esta preocupación estadística. Los indios completamente castellanizados, también un poco aventurado el asegurarlo, los que han olvidado casi enteramente su lengua materna y se acogen al castellano son unos 14.742. Responden sobre aquellos curatos en los que el misionero no emplea la lengua materna en la administración de ciertos sacramentos y en las homilias: en Ereguaiquin, San Vicente de Austria, San Miguel, San Salvador, Suchitoto, Titihuapa, Usulután y Yayantique.

De entre todos estos indios, contabilizados por los misioneros como castellanizados, deben ser muy pocos, sin embargo, aquellos que lo sepan de modo agil y fluido. La mayor parte debe utilizarlo de manera insegura, torpemente, con un vocabulario limitado. El grado de pureza idiomática será tanto mejor cuanto más cerca vivan de una ciudad. Pero, ¿cuántos indios piensan en castellano? La pregunta es importante, porque justo de su respuesta depende no sólo la identificación total del indio, con el ladino, sino por encontrar en ella serias implicaciones de otro tipo, sobre todo en el campo religioso. Al faltarles la evangelización en lengua vernácula al indio le costrará comprender la complicada ideología cristiana

...no hay cura que asegure que hay siquiera uno que entienda misterio alguno, ni verdad de nuestra Santa Religión y que lo que más que se consigue es que unos pocos sepan decir mal algunas oraciones (Cortés, 1958, I, 123).



orientándoles hacia una práctica exterior del cristianismo, repetidor de unas oraciones y unos ritos que serán tanto más sinceros cuando más se semejen a las prácticas prehispánicas (Solano, 1970-c). En otros temas

...los indios son habladores sin término en otros asuntos (Cortés, 1958, I, 123).

El hecho de que el misionero abandone la especialización en lenguas aborígenes va a tener, también, consecuencias etnológicas. Supondrá la pérdida de la vigilancia y de control de un importante número de la población indígena —preferentemente la población rural— que, sin dirección, recomenzará la regresión a la práctica de las creencias prehispánicas y una atadura al idioma vernáculo, hablado en los hogares de las aldeas.

De todas formas, sea cual fuere el grado de pureza idiomática de los indios que hablan castellano en El Salvador, la cifra de 16.002 es verdaderamente importante. Supondría un motivo de satisfacción a los dirigentes del Estado que habían manifestado un positivo interés, sobre todo a partir de 1750, en la hispanización total del indio para incorporarle de manera efectiva a la vida y el ritmo de la Colonia. Ese deseo del Estado de castellanización vendría acompañado por el de la alfabetización, pero las reales órdenes emitidas por el despotismo ilustrado de Carlos III no dieron marcado fruto, debilitadas por la poca promoción de las escuelas primarias, que debían ser financiadas por los propios indios, y por los efectos negativos de las epidemias que diezman a la población infantil. Efectos que se unen a causas económicas, al negarse los padres a que sus hijos abandonasen las prácticas agrícolas para asistir a la escuela, ya fuese eclesiástica o de primeras letras. Por lo que el éxito inicial de la castellanización, que se hubiera afianzado con el de la alfabetización se queda reducido a la evolución normal del efecto en una población india cada vez más captada por el idioma del europeo (Solano, 1970-b).

Las áreas del castellano son muy desiguales. Parten de los núcleos más importantes de la provincia, para radialmente expandirse por casi todo el área del territorio, barriendo pasadas influencias pipiles, mayas o lencas. La zona más ganada

es, sin duda, la costa, perdiendo intensidad a medida que las cotas suben. La altitud es buen refugio para proteger el idioma del natural, o por lo menos abrigarlo. Pero en El Salvador no es medida suficiente. En siete curatos se atreven a indicar sus doctrineros como castellanizados totalmente. Tal vez sea una opinión exagerada, sobre todo en lo que atañe a la población rural que tiene más facilidades de expresarse en su idioma vernáculo. No obstante, el misionero, aun con sus disculpas de tipo personal y sus precipitaciones, es buen testigo para no dudar de sus indicaciones.

CUADRO 6  
POBLACION INDIGENA DE HABLA CASTELLANA

Cabecera	Anejos	Familias	Personas	Ladinos
1. Ereguaiquin	Mexicapa	21	61	167
	Jucuaran	8	54	9
	Uluazapa	17	42	
	Comacaran	55	223	
	Yucuaiquin	20	95	
	Jocoro	70	299	
	Población rural	10	39	
2. San Miguel		51	220	3.765
	Quelapa	18	138	
	Moncagua	86	489	
	Chalpetique			309
3. S. Vivente	Población rural	105	660	1.471
	Apastepeque	253	1.164	
	Istepeque	88	382	
4. Suchitoto	Población rural			909
		51	201	
	Tenancingo	48	404	
	Jucuapa	37	189	
5. Titihuapa	Población rural	185	1.355	
		40	186	
	Sensuntepeque	63	229	
	Guacotecti	29	76	
6. Uaulutan	Población rural	148	1.115	
		340	2.047	
	Santa María	45	237	
	Xiquilisco	80	451	
	Tecapa	409	1.920	
7. Yeyantique	Jucuapa	140	668	
	Chinameca	40	252	
		77	472	
	Conchagua	89	741	
	Amapala	14	109	
	Intipucá	19	94	
	Población rural	150	1.390	
TOTAL			16.002	

### Población indígena de El Salvador en 1772

A. Población de habla indígena	
1. Nahuat-pipil ... ..	56.292
2. Nahuatl ... ..	4.051
3. Lenca ... ..	2.719
4. Chilanga ... ..	200
5. Matagalpa ... ..	684
6. Chortí ... ..	4.423
7. Pocomán ... ..	662
	<hr/>
Total ... ..	69.031
B. Población indígena castellanizada ... ..	
	16.002
	<hr/>
Total ... ..	85.033

### CONSIDERACIONES FINALES

En 1772 se ha modificado de modo sensible la panorámica lingüística de la población autóctona de El Salvador. En la primitiva imagen de una mayoría nahuat-pipil y unos núcleos, más o menos numerosos, de lencas, matagalpas, mangués, achies, chortís y pocomanes, del principio del siglo XVI, han sucedido cambios notables. Han desaparecido las colonias achí y mangué y se ha reducido sustancialmente la presencia chortí y lenca. El recuerdo histórico del pocomán aparece sostenido, tan sólo, por un corto número de indígenas. El propio nahuat tiene minada su permanencia, amenazado por la acción expansionista del castellano que ha venido a sumarse como un idioma más a este paisaje.

La población indígena de El Salvador —85.033 individuos, según los recuentos hechos por los doctrineros, siguiendo el censo ordenado por el arzobispo de Guatemala don Pedro Cortés Larraz entre 1768 y 1771— se encuentra bastante ganada al castellano. Aunque su modo de expresión sea muy desigual, decreciendo en vocabulario y en pureza idiomática a medida que se aleja del área de la ciudad, en casi todos los curatos salvadoreños, ni un sólo misionero utiliza la lengua vernácula para las prácticas religiosas. Esto quiere indicar que por la autoridad eclesiástica, siempre atenta y celosa del apostolado y del proselitismo, se ha considerado ya impreciso el

que el sacerdote que misiona en pueblos de indios aprenda las lenguas aborígenes, por considerar a la población india lo suficientemente capaz de comprender lo que se le predica y aconseja en castellano. O sea, que de los 48.398 indios de habla indígena entienden y se expresan en castellano, con mayor o menor precisión, su inmensa mayoría.

Sin embargo, la castellanización está, en 1772, en su forma más tenue. La mayor parte de los indios conocen su lengua materna, ya sea como idioma doméstico, ya como vehículo de comunicación con sus vecinos. No obstante es sorprendente la rapidez y facilidad que el español ha encontrado en El Salvador. Varias causas hacen posible este éxito:

1. Una constante y eficaz colaboración del ladino. En 1779 son 78.025 los españoles y ladinos existentes en El Salvador (Barón, 1942, 235), que con el mulato son monolingües. Y en estrecho contacto con el ladino —el mulato en la zona rural, el ladino en la urbana y gran predicamento en el campo— le captan idiomáticamente. Primero con un vocabulario reducido, que abarca los términos comerciales y agrícolas. Después, sobre las situaciones ambientales y circunstanciales de la vida diaria. Lo que produce, como consecuencia, el aumento de la población ladina y la ladinización del indio.

Al aumentar esta población ladina el misionero utilizará el castellano en el púlpito, ya que no se guardan diferenciaciones raciales en las prácticas religiosas, lo que aumentará el aprendizaje forzado del castellano. Educación que se complementa con las clases de doctrina cristiana en español.

Sin embargo esta mudanza de actitud en el misionero retardará la incorporación del indígena al cristianismo, por el obstáculo que le supone comprender, en castellano, la ideología y la teología de esa religión.

2. El idioma castellano supone un medio ascensional en la condición social del indio. El indígena de las ciudades por prestigio, por diferenciarse del indio campesino y por aspirar a la categoría de ladino, con una con-

dición tributaria diferente, será el primero en olvidarse de su lengua.

3. La incomunicabilidad idiomática entre los indígenas de lenguas diferentes se resuelve con las «lenguas generales», vehiculares. Durante los períodos pre e hispánico en Mesoamérica una de estas lenguas lo fue el nahuatl. El castellano heredaré este carácter haciendo posible que se active la comunicación entre indios pertenecientes a familias y grupos lingüísticos distintos.

Por todos estos factores la población indígena de El Salvador, en 1772, se encuentra en un grado de hispanización considerable. La mayor parte de ella tiene aún conciencia de su lengua materna, se expresa y se comunica en ella, inclusive en los pequeños enclaves aislados económicamente y en donde se sigue fiel al lenca, al matagalpa y al nahuatl. Pero un hecho significativo define a estos núcleos marginados, en donde no existe en el indio sentimiento social ascensional alguno. El conocimiento de su idioma vernáculo —en Cacaoopera, en Lislinque, en Chilanga, en Anamorós— le sirve al matagalpa, al indio chilanga y al lenca para distanciarse y evitar contactos con el resto de la comunidad.

#### BIBLIOGRAFIA

- Anales.  
1950 — *de los Cakchiqueles. Memorial de Sololá*. Traducción directa del original, Introducción y notas de Adrián Recinos. Fondo de Cultura Económica. México.
- Barberena, Santiago Ignacio.  
1892 *Descripción geográfica y estadística de la República de El Salvador*. San Salvador.
- Barón Castro, Rodolfo.  
1942 *La Población de El Salvador*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Inst. Gonzalo Fernández de Oviedo. Madrid.
- Boggs, S. H.  
1943 «Observaciones respecto a la importancia de Tazumal en la prehistoria de El Salvador». *Tzunpame*. Vol. III, núm. 1, pp. 127-135. San Salvador.
- Borhegyi, Stephan F.  
1965 «Archaeological synthesis of the Guatemalan Highlands». *Handbook of Middle American Indians*. Vol. II, part. 1.º, pp. 3-55. The University of Texas Press. Austin.
- Bright, W.  
1967 «Inventory of descriptive materials». *Handbook of Middle Ame-*

rican Indians. Vol. V, Linguistics, pp. 9-62. University of Texas Press. Austin.

Brinton, Daniel.

- 1895 «The Matagalpan linguistic stock of Central America». *American Philosophical Society*. Vol. 34, pp. 403-415. Filadelfia.

Cortés Larraz, Pedro.

- 1958 [1772] *Descripción geográfico-moral de la diócesis de Goathemala, hecha por el arzobispo, el limo. Sr. Don ..... del Consejo de S. M. en el tiempo que la visitó y fue dado desde el día 3 de noviembre de 1768 hasta el día 1.º de julio de 1769 y desde el día 22 de noviembre de 1769 hasta el día 9 de febrero de 1770 y desde el día 6 de junio de 1770 hasta el día 29 de agosto del dho año de 1770*. Prólogo de Adrián Recinos. Biblioteca «Goathemala» de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Volumen XX.

Châunu, Pierre.

- 1958 *L'Amérique et les Amériques*. Paris.

Chinchilla Aguilar, Ernesto.

- 1959 «Un confesonario del siglo XVII, escrito por fray Antonio del Saz OFM». *Antropología e Historia de Guatemala*. Vol. XI, número 1, pp. 32-39. Guatemala.

Dimick, John.

- 1941 *Notes on excavations at Campana San Andrés, El Salvador*. Carnegie Institution of Washington. Washington.

Escalante, Roberto y Lorraine Faier.

- 1959 *Relaciones del Lenca y Xinca*. Presentado al Simposium anual de la American Anthropological Association.

Fernández de Miranda, María Teresa.

- 1967 «Inventory of classificatory materials». *Handbook of Middle American Indians*. Vol. V, Linguistics, pp. 63-78. University of Texas Press. Austin.

Fonseca, Pedro Salvador.

- 1921 *Demografía salvadoreña*. San Salvador.

García del Palacio, Diego.

- 1866 [1576] *Relación hecha por el licenciado ..... al rey Felipe II en la que describe la provincia de Guatemala, las costumbres de los indios y otras cosas notables*. Colección de Documentos inéditos para la Historia de España. Vol. VI, pp. 5-40.

Girard, Rafael.

- 1949 *Los Chortis ante el problema maya. Historia de las culturas indígenas de América desde su origen hasta hoy*. México.

González, David.

- 1926 «Ruinas de Tehuacán». *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística*. Vol. I, pp. 185-190. San Salvador.

Hagen, Víctor H.

- 1960 *World of the Maya*. The New American Library. Nueva York.

Hernández Sánchez-Barba, Mario.

- 1963 *Historia universal de América*. Ed. Guadarrama. Madrid.

Jiménez Moreno, Wigberto y Miguel O. de Mendizábal.

- 1936 *Mapa lingüístico de Norte y Centroamérica*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México.

- 1937 *Distribución prehispánica de las lenguas indígenas de México*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México.
- 1939 *Lenguas indígenas de México. Mapa de su distribución prehispánica*. Instituto de Geografía e Historia. México.
- Johnson, Frederick.  
1940 «The linguistic map of Mexico and Central America». *The Maya and their neighbors*, pp. 8-113. Nueva York.
- Kirchhoff, Paul.  
1955 «Quetzalcoatl, Huemac y el fin de Tula». *Cuadernos Americanos*, LXXXIV, núm. 6. México.
- Kroeber, Alfred L.  
1934 «Native American population». *American Anthropologist*, XXXVI, núm. 1, pp. 1-25. Nueva York.
- Larde, Jorge  
1921 *La población de El Salvador. Su origen y distribución geográfica*. San Salvador.  
1926 «Lenguas Indianas de El Salvador; su distribución geográfica». *Etnología, arqueología y lingüística*, vol. I, pp. 281-286. San Salvador.  
1945 «Lingüística Centroamericana». *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales* Tomo XXIV, pp. 177-185. Tegicigalpa.  
1950 «Idiomas Indianos de El Salvador Oriental». *Anales del Museo Nacional David J. Guzmán*, tomo I, pp. 17-21. San Salvador.  
1954 «Los chorotegas en El Salvador». *Anales del Museo Nacional David J. Guzmán*, tomo V, pp. 86-87. San Salvador.
- Lehmann, Walter.  
1920 *Zentral-Amerika: Erster Teil; die Sprachen Zentral-Amerikas*. Berlin.
- Longacre, Robert.  
1967 «Systemic comparison and reconstruction». *Handbook of Middle American Indians*. Vol. V, *Linguistics*. University of Texas Press. Austin.
- Longyear III, John M.  
1944 *Archaeological investigations in El Salvador*. Memoirs of the Peabody Museum of Archeology and Ethnology. Vol. IX, núm. 2, Harvard University.
- Lothrop, Samuel K.  
1939 «The Southeastern frontier of the Maya». *American Anthropologist*. Vol. 41, núm. 1, pp. 42-54. Nueva York.
- Mendoza, Jeremías.  
1895 «El pueblo de Cacaopera». *La Universidad*, vol. 5, pp. 436-443. San Salvador.
- McQuown, Norman A.  
1955 «The indigenous languages of Latin America». *American Anthropologist*, vol. 57, pp. 501-570. Menasha, Wis.
- Miles, S. W.  
1965 «Summary of preconquest ethnology of the Guatemala-Chiapas Highlands and Pacific Slopes». *Handbook of Middle American Indians*. Vol. II, part. 1.º, pp. 276-287. University of Texas Press. Austin.
- Milla, José.  
1879-1882 *Historia de la América Central, desde el descubrimiento del*

- país por los españoles (1502) hasta su independencia de España (1821). Guatemala.
- Morley, Silvanus G.  
1947 *La civilización maya*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Pericot García, Luis.  
1961 *América Indígena. El hombre americano, los pueblos de América*. Historia de América, dirigida por A. Ballesteros. Vol. I. Barcelona.
- Ponce, Fray Alonso.  
1873 *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre .....* Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Tomo LVII y LVIII. Madrid.  
[1586]
- Remesal, Fray Antonio.  
1932 *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la gobernación de Chiapas y Guatemala*. Guatemala.  
[1620]
- Rivet, Paul, G. Stresser-Pean y C. Loukotka.  
1952 «Langues du Mexique et de l'Amérique Centrale», en *Les langues du monde*, ed. A. Meillet y Marcel Cohen, pp. 1067-1097. Paris.
- Rosenblat, Angel.  
1954 *La población indígena y el mestizaje en América. 1492-1950*. Buenos Aires.
- Squier, Ephraim G.  
1855 *Notes on Central America: particularly the states of Honduras and San Salvador: their Geography, Topography, climate, population, resources, productions, etc.* Nueva York.
- Seler, Eduardo.  
1902 «Ueber den Ursprung der mittelamerikanischen Kulturen». *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*. XXXVII, pp. 537-552. Berlin.
- Solano, Francisco de.  
1963 «Los Mayas del siglo XVIII». *Antropología e Historia de Guatemala*, vol. XV, núm. 2, pp. 3-36. Guatemala.  
1969 «Áreas lingüísticas y población de habla indígena de Guatemala en 1772». *Revista Española de Antropología Americana*. Volumen IV, pp. 145-200. Madrid.  
1970-a «Población indígena de Guatemala. 1492-1800». *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XXVI, pp. 279-355. Sevilla.  
1970-b «Población indígena castellanizada. La Hispanización del indio». *Revista de la Universidad de Madrid*. Madrid.  
1970-c «Religiosidad del indio». *Missionalia Hispanica*. Madrid.
- Swadesh, Morris.  
1960 «Algunos reflejos lingüísticos de la prehistoria de Chiapas». *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núm. 17, pp. 145-159. México.  
1967 «Lexicostatic classification». *Handbook of Middle American Indians*, vol. V, *Linguistics*, pp. 79-116. The University of Texas Press. Austin.
- Testimonio.  
[1768-177] ..... *de las Cartas respuestas de los curas seculares y regulares de los curatos y doctrinas del arzobispado de Goathemala, dadas en la vicita que de ellos se hizo por el arzobispo*



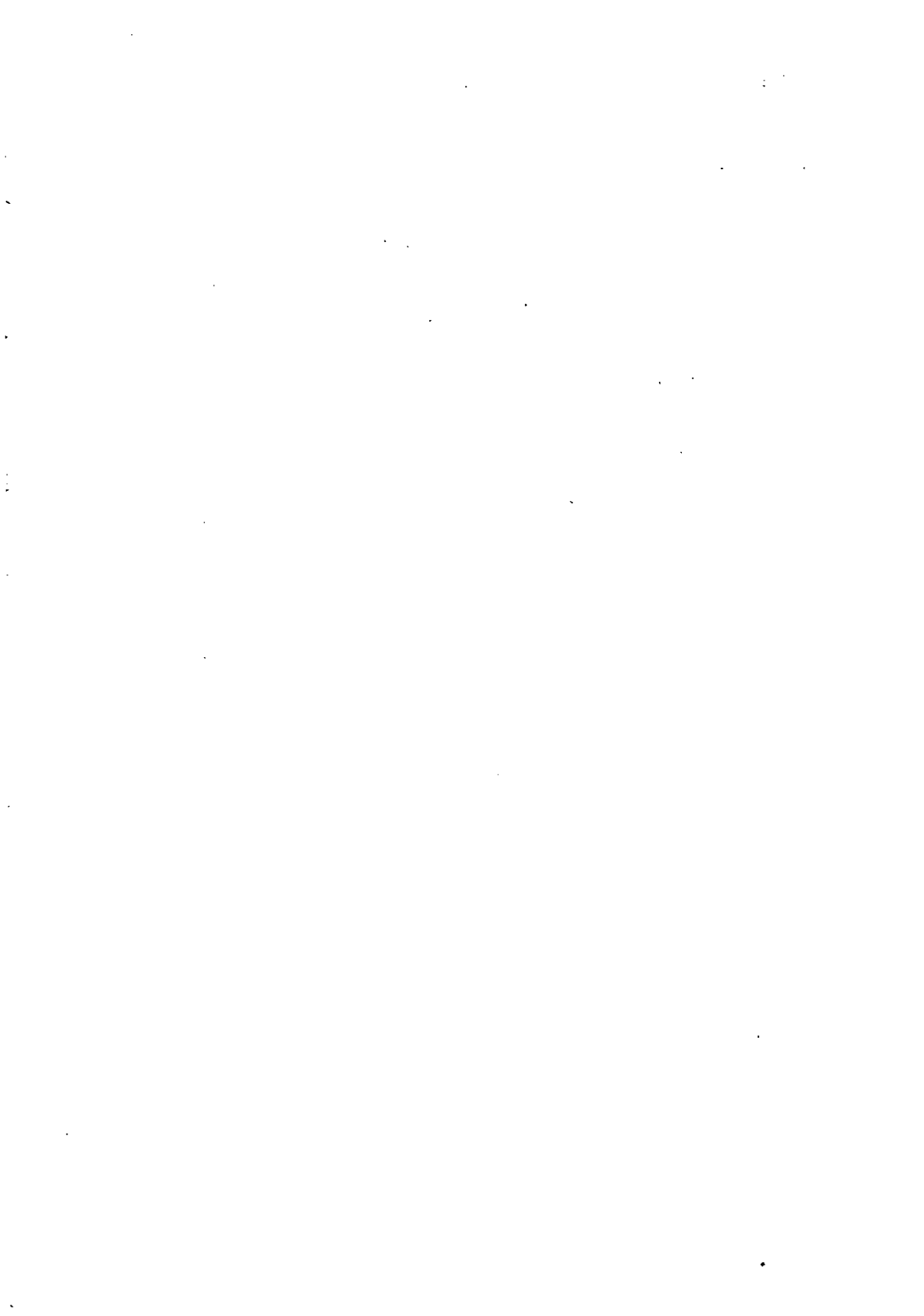
de aquella diócesis. Archivo General de Indias, Audiencia de Guatemala, legajo 948.

Thompson, J. Eric S.

- 1949 *An archaeological reconnaissance in the Cotzumalhuapa region, Escuintla, Guatemala.* Carnegie Institution of Washington, pub. 574. Washington.
- 1954 *The Rise and Fall of Maya Civilization.* The University of Oklahoma Press, Norman.
- 1965 «Archaeological synthesis of the Southern Maya Lowlands». *Handbook of Middle American Indians.* Vol. II, part. 1.º, pp. 331-359. The University of Texas Press. Austin.

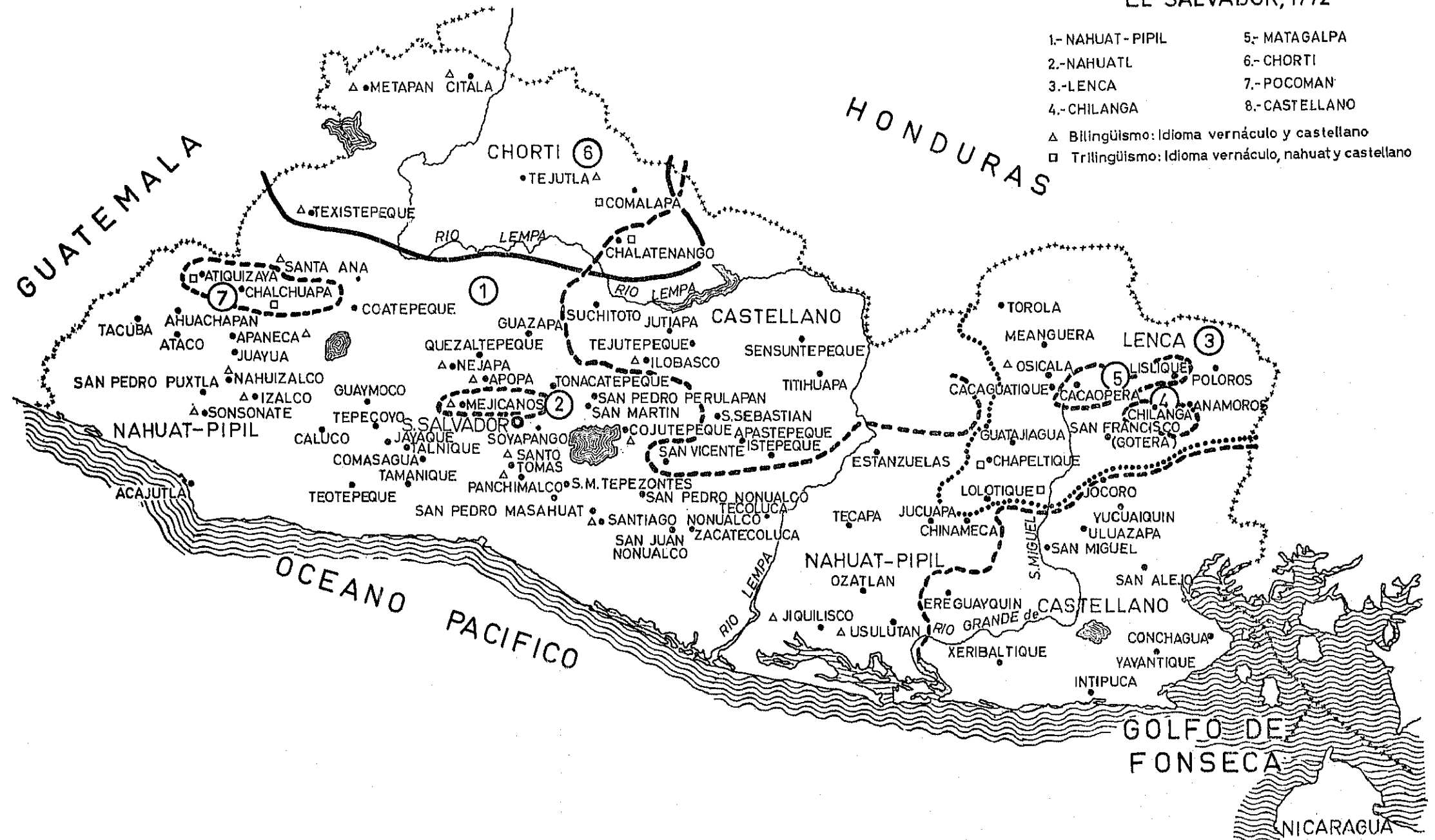
*Departamento de Historia de América.*

*Universidad de Madrid.*



### DISTRIBUCION LINGÜÍSTICA DE LA POBLACION INDIGENA DE EL SALVADOR, 1772

- |                    |                |
|--------------------|----------------|
| 1.- NAHUAT - PIPIL | 5.- MATA GALPA |
| 2.- NAHUATL        | 6.- CHORTI     |
| 3.- LENCA          | 7.- POCOMAN    |
| 4.- CHILANGA       | 8.- CASTELLANO |
- △ Bilingüismo: Idioma vernáculo y castellano  
 □ Trilingüismo: Idioma vernáculo, nahuatl y castellano



# LOS TRIGONOLITOS ANTILLANOS: APORTES PARA UN INTENTO DE RECLASIFICACION E INTERPRETACION (1)

*En memoria del Ing. Emile de Boyrie Moya.*

*por Marcio Veloz Maggiolo*

Intentar un estudio definitivo de los trigonolitos antillanos es una tarea sumamente difícil. Si pensamos en la escasa información arqueológica existente acerca de estas piezas y la más escasa bibliografía, arribaremos a la convicción de que el campo de acción del arqueólogo está reducido a datos magros y defectuosos.

Generalmente no se tiene una estratigrafía con la cual relacionar las también llamadas «piedras tricúspides» (2), puesto que éstas aparecen, en casi todos los casos, a flor de tierra, en suelos labrantíos o en viejos campos sin ningún cultivo.

Durante los últimos veinte años la aparición de *cemíes* de tres puntas en el este de la República Dominicana (Santo Domingo) ha sido considerable. Varios coleccionistas particulares son poseedores de colecciones aún no publicadas, y tal su-

---

(1) El arqueólogo cubano René Herrera Fritot fue el primero en llamar *trigonolitos* a las piedras de tres puntas. El término fue aceptado como válido en la Reunión en Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe, celebrada en La Habana, Cuba, del 12 al 16 de setiembre de 1950, cuyas actas y trabajos fueron recogidos en setiembre de 1951 como «Publicación de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología de Cuba» (1951, 90).

(2) También han sido llamados «íconos de tres puntas», «piedras tripuntes», etc.